

---

El circo llegó a Cristo de la Roca anunciado por el bullicio de los perros. Arremolinados en la polvareda que levantaban las carretas, envueltos en una nube harinosa de la que a ratos sobresalía una cola o un lomo arqueado en posición de ataque, los quiltros hacían ademanes de arrojarse a las patas de los caballos lanzando mordiscos furiosos. Así llegó el circo al pueblo, en una hilera de carruajes que parecía flotar en el terral; pero más de cerca, entre el zangoloteo y pánico de los caballos, los acoplados de lata y madera daban la impresión de que en cualquier momento habrían de venirse al suelo.

Con la cabeza abombada por el alboroto y atorado con el polvo que se colaba por los resquicios de su carro-dormitorio, Lucio Carbonera no soportó un minuto más y abrió la ventanilla. Asomó medio cuerpo afuera y sosteniendo un palo del tamaño de un fémur, repartió tantos golpes a los perros que no se dio cuenta en qué momento lo partió. Tampoco supo a cuántos realmente alcanzó a darles en el espinazo, pero más tarde sabría que fue a más de cinco y, de éstos, al menos un par tenía dueño.

Habían sido casi dos días de viaje bordeando el litoral desde Coquimbo. Dos jornadas en las que no hubo más que despeñaderos sobre despeñaderos y desvíos sobre desvíos que estuvieron a punto de hacerlos perder el rumbo. Aunque hasta entonces el viaje

por Chile había sido tan duro como rentable (sumaban cerca de veinte presentaciones), Lucio sabía que la meta estaba en Valparaíso, aquel gran puerto donde esperaban establecerse al menos durante un mes.

—Lo más que dura cualquier ilusión —repetía cada vez que la caravana paraba a abastecerse de agua y comida en algún campamento de pescadores sin nombre.

Cuando las carretas se detuvieron a un costado de la iglesia de Cristo de la Roca, la comitiva de perros había quedado reducida a un par de quiltros que daban ladridos rencorosos sin acercarse demasiado. Pero los caballos no tuvieron descanso. Ahora fueron los niños quienes se apiñaron para tocarlos con la punta de sus índices, al tiempo que intentaban arrancarles los pompones entre las orejas y los collares de cartón pintado. Lucio intentó en vano ahuyentarlos. Les dijo que los caballos lanzaban coces, que había visto a muchachos de sus mismas edades quedar con el carcajo del pecho molido por la fuerza de una patada, pero no hubo caso. Todos revoloteaban alrededor de los animales, hasta que éstos comenzaron a inquietarse. Lucio perdió nuevamente la paciencia y aún mareado por el viaje y el polvo picándole en la garganta, fue hasta la última de las carretas.

—Dámaso, Gastón... —dijo.

La algarabía de los curiosos se transformó en pánico y luego en estampida cuando Lucio tiró de la manilla y abrió la puerta. Esa tarde, todos los niños que estaban frente a la iglesia llegaron contando a sus casas que un hombre con dos cabezas había llegado al pueblo.

---

Lucio Carbonera jamás se habría propuesto formar un circo si no hubiera estado en Asunción el día cuando el sanatorio Los Tréboles se quemó. Después de recorrer desde el sur de Brasil hasta Salto de Guairá, había llegado a la ciudad a vender una partida de semillas de tabaco árabe a comerciantes que pagaban un muy buen precio por una bolsa de poco menos de un kilo. En el mercado de Asunción, Lucio entregaba el pedido, recibía el dinero y se marchaba, pero el trayecto siempre le demandó tanto esfuerzo que decidía permanecer algunos días en la ciudad antes de cruzar el Gran Chaco rumbo a los puertos del Atlántico. Aquella pausa la aprovechaba para cerrar otros negocios y probar nuevas mercaderías que ofrecer a los clientes de su siguiente destino.

Durante los últimos años, Lucio Carbonera no se había dedicado a otra cosa que no fuera el contrabando. Luego de desertar de la tropa de rebeldes que el general boliviano Quintín Quevedo organizó para derrocar al presidente Agustín Morales a mediados de 1872 —intento que más tarde fracasaría estrepitosamente en los alrededores del puerto de Antofagasta—, Carbonera deambuló por numerosos poblados costeros hasta transformarse en eficaz contrabandista y hábil reducidor. Primero fueron especies menores, como ornamentos de iglesias saqueadas en alguna revuelta y luego mapas que indicaban yacimientos mineros

improbables. Con el tiempo se animó a abastecer de municiones para armas robadas y finalmente aceptó llevar semillas y pequeñas cantidades de tabaco árabe prensado a una cofradía de negociantes paraguayos.

El día del incendio de Los Tréboles, Lucio había completado catorce viajes desde los puertos fluviales de Espíritu Santo hasta Asunción, de modo que sus modestos ahorros de reducidor ocasional ahora empezaban a convertirse en una pequeña fortuna.

El fuego comenzó después de medianoche. Al asomar las primeras llamas desde el techo del sanatorio, se oyó la campana del cuartel de bomberos y una multitud se reunió en pocos minutos frente al viejo caserón habilitado como lazareto. Mientras algunos arrojaban cubetazos con agua o paladas de tierra, otros intentaban rescatar a los enfermos a través de las ventanas y ponerlos en resguardo al otro lado de la calle. Entre el gentío, Lucio reparó en dos niños encaramados en las ramas de un enorme gomero y se unió a ellos. Desde la altura vio cómo un grupo de vecinos a duras penas intentaba echar abajo los portones de madera de cedro para abrirse camino hasta un patio interior. En ese instante las llamas habían formado un semicírculo en torno a la pequeña pileta donde por las tardes los internos menos graves salían a tomar sol.

De un lado a otro iban los gritos anunciando el conteo de rescatados, hasta que los médicos confirmaron que ya no quedaba nadie adentro. Algunos lanzaron vítores por la noticia y otros simplemente porque el sanatorio terminaba de consumirse sin remedio: imaginaban que ahora sí las autoridades estarían obligadas a construir uno más digno y de mayor

capacidad que aquel gallinero donde eran confinados los enfermos de la ciudad.

Tratando de mantener el equilibrio entre las ramas del gomero, Lucio vio caer las últimas vigas y paredes de madera mientras avanzaba el fuego. Aunque los retazos de humo le hacían cerrar los ojos a cada tanto, de pronto notó que en la esquina de un pabellón, entre la frondosidad de los rosales chamuscados, quedaba a la vista una pequeña caseta y, si sus ojos no lo engañaban, podría haber asegurado que su puerta estaba encadenada.

Lucio bajó rápidamente del árbol y entró al patio interior caminando entre los escombros. Sabía que en muchos hospitales las pertenencias de los enfermos, a veces joyas, a veces dinero, eran dejadas en custodia en lugares apartados, de modo que pensó que dentro de esa pequeña bodega tal vez habría algún objeto interesante.

Confundido entre los bomberos y los curiosos, nadie prestó atención cuando Lucio Carbonera llegó hasta los rosales para comprobar lo que había visto desde el árbol, aunque también algo más: al otro lado de la puerta encadenada, alguien daba estériles puñetazos intentando salir entre gemidos ahogados, toses y carraspeos. Sin pensarlo, sacó un punzón de su alforja y lo incrustó en el resquicio entre la madera y el metal de la bisagra que sostenía la cadena. Fueron dos puntazos secos que hicieron saltar clavos y astillas antes de abrir la puerta.

Adentro había un hombre encapuchado.

—Gracias... gracias —repetía, tratando de quitarse la enorme cogulla con que estaba cubierto hasta

más abajo de los hombros. Mientras intentaba soltarle las amarras, Lucio tuvo la impresión de que la voz quejumbrosa del inicio daba paso a una más severa y que ya no tenía precisamente palabras de gratitud.

—¡Perros chingones! ¡Putos perros calatos chingones! —bramaba, al tiempo que Lucio cortaba con su cuchillo el género del capuchón. Cuando dio el tirón final y rasgó la tela, se encontró con dos cabezas sostenidas por un mismo cuerpo.

—Sáquenos de aquí, señor... podemos pagarle —dijo una.

—Lo que usted quiera —añadió la otra—, pero llévenos lejos de estos carajos que quieren matarnos.

Lucio estaba perplejo. No podía quitar la vista de esos gemelos que le hablaban embutidos en un mismo cuerpo; y se habría quedado todo el resto de la noche contemplándolos si no fuera porque de pronto se escabulleron hasta llegar a un pequeño pasadizo oculto entre la vegetación. Allí, en lo que era un depósito de muebles en desuso, lograron encaramarse y saltar hacia una calle trasera.

Lucio saltó con ellos.